

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V5

Capítulo 2: Finalmente cayó en la trampa

El dormitorio estaba lleno de actividad mientras los médicos del clan Dragón Plateado trabajaban meticulosamente, asegurándose de que se tuviera en cuenta cada detalle.

Las criadas entraban y salían a toda prisa, trayendo agua caliente, escurriendo toallas y preparando la ropa del bebé. A pesar del aparente caos, todo transcurría con un ritmo preciso bajo la dirección de Inye y la jefa de limpieza, Anna.

En medio de la conmoción, Rosvisser emitió débiles y tensos sonidos de dolor. Estaba sufriendo la agonía del parto.

En un rincón de la habitación, León estaba de pie con Aurora en un brazo y la mano de Moon. Noa estaba cerca, observando.

Los cuatro observaban la escena, sabiendo que poco podían hacer para ayudar. Antes, Leon le había preguntado a Inye si él o las chicas podían hacer algo.

Inye simplemente respondió: «Todavía no. Espera tu momento para actuar».

Sin querer distraerla a ella ni a los demás, León llevó a sus hijas a un rincón para quedarse allí en silencio, listas para ayudar si era necesario.

Aurora, aferrada a la camisa de su padre, metió su pequeña cola entre las piernas. Sus ojos rosados estaban llenos de preocupación mientras miraba fijamente la cama, escuchando los débiles gemidos de su madre.

“Dar a luz es tan doloroso... Mamá es increíble”, murmuró suavemente.

Aurora era conocida por encontrar alegría en los momentos cotidianos, a menudo alegrando el día. Esto no se debía solo a



su personalidad juguetona, sino también a su extraordinario sentido de la empatía.

Su capacidad para conectar profundamente con los demás la hizo experta en comprender la felicidad desde diferentes perspectivas. Sin embargo, esa misma empatía ahora le permitía absorber por completo la atmósfera tensa y opresiva de la sala.

A pesar de su corta edad, podía sentir el peso del dolor que su madre soportaba. La energía opresiva del momento era palpable para ella.

León apretó con más fuerza a su hija menor, sabiendo que ella necesitaba tranquilidad.

Al mirarla, decidió aligerar el ambiente.

“¿Sabes? Cuando naciste fue aún más intenso”.

Aurora lo miró curiosa.

“¿Por qué dices eso, papá?”

Porque el día que naciste, la cabeza del Rey Dragón fue colgada en nuestra puerta. Da miedo, ¿verdad?

La expresión tensa de Aurora se suavizó en una pequeña sonrisa y su ansiedad se alivió ligeramente.

Justo cuando estaba a punto de bromear, sintió que la mano que la sostenía temblaba ligeramente.

Volvió a levantar la vista y se encontró con la mirada de su padre. El hombre que acababa de hacer una broma para consolarla estaba ocultando claramente su preocupación.

Se dio cuenta de que la alegría de su padre era una fachada.

A diferencia de sus hermanas, que estaban demasiado concentradas en su madre como para darse cuenta, Aurora se dio cuenta de que su padre estaba tan ansioso como ella. Incluso tenía los labios un poco pálidos.

Aurora nunca había visto a su padre así.



Para ella, él siempre fue el héroe inquebrantable, el hombre que afrontaba el peligro con facilidad y siempre salía victorioso.

Pero ahora, mientras su madre trabajaba, él dependía de los chistes para mantenerse estable.

Aurora no dijo nada. Simplemente lo abrazó más fuerte.

León observaba en silencio a las mujeres y a los médicos mientras trabajaban. El sonido ocasional de los gemidos de Rosvisser llegaba a sus oídos, y su mente se remontaba a un momento similar de años atrás.

Cuando nació Aurora, él se quedó exactamente así, con Noa y Luna a su lado, observando impotentes desde la esquina de la habitación.



Ese día, después de que Konstantin lanzó su ataque, León se puso su armadura negra y dorada y salió a luchar.

Cuando regresó, Aurora ya había nacido.

Matar a un dragón fue una tarea rápida, que solo tomó unos minutos. Pero esos mismos minutos habían sido los más atroces de la vida de Rosvisser.

Aunque después le dijeron que no era tan malo como imaginaba, escucharlo nunca podría compararse con verlo de primera mano.

La tensión sofocante en la habitación ahora hacía que incluso el famoso cazador de dragones se sintiera impotente.

Incluso saber que Rosvisser estaba al cuidado de los mejores médicos del clan del Dragón Plateado no le impedía preocuparse.

Su cuñada, Isa, incluso había abandonado sus propios asuntos para venir a ayudar. El parto era una tarea delicada, y la función de León era mantenerse al margen, dejándole todo a Isa y Anna.

Esta impotencia le pesaba mucho.

“¿Su Alteza!”

La criada gritó, sacándolo de sus pensamientos.

León se animó, pensando que finalmente había algo que podía hacer para ayudar.

“¿Qué pasa, Milán?”

Por favor, acompañen a las princesas al balcón. Pronto llegarán más médicos.

El breve entusiasmo de León se desvaneció rápidamente.

“...Veo.”

Asintiendo, levantó a Noa y condujo a las niñas al balcón.

Noa le sirvió un vaso de agua y se lo entregó.

“Toma, papá.”

León tomó el vaso y le dio un sorbo. “Gracias.”

—Vamos, papá, cálmate —dijo Noa, notando su inquietud. Tras pensarlo un momento, añadió:

“Si mamá te viera así, probablemente se burlaría de ti, ¿no?”

León imaginó la escena. Si Rosvisser lo viera dando vueltas, ansioso e inquieto, probablemente diría algo como:

¿Qué te pasa, León? ¿Te da miedo algo tan pequeño? ¡Menudo bebé! ¡Ven aquí, cariño, llámame hermanita!

O tal vez:

De verdad, eres mi esposo, el consorte de la Reina Dragón Plateada. ¡Compórtate como tal! No solo seas bueno matando dragones, tonto.

El pensamiento hizo reír a León, aliviando parte de su tensión.

—Oye, cuñado —gritó la voz de Isa.

León levantó la vista y la vio entrar en la habitación.

—Te tardaste bastante. Si te hubieras quedado ahí fuera más tiempo, habría tenido que arrastrarte yo mismo.



León se puso de pie de un salto.

“¿Puedo ayudar ahora?”

Sí, puedes. Haz lo que mejor se te da: entretener a los niños.

León parpadeó. “¿Esa es mi especialidad?”

Isa puso los ojos en blanco. «Deja de quedarte ahí parada como una estatua y sígueme».

Ella agarró su muñeca y tiró de él hacia la cama, abriéndose paso entre la multitud de sirvientas y médicos.

Cuando llegaron al lado de Rosvisser, Leon se quedó sin aliento.

El sudor le empapaba el pelo, pegándoselo a su pálido rostro. Sus ojos plateados estaban entrecerrados y su respiración era superficial.



“León... estás aquí...” susurró débilmente.

Su voz era tan débil que hizo que a León le doliera el pecho.

Por un momento, no pudo hablar. Sentía como si le oprimieran el corazón.

Isa le dio un fuerte codazo desde atrás, rompiendo su trance.

"Estoy aquí", dijo, arrodillándose junto a la cama y tomando su mano temblorosa.

Mientras sostenía su mano, el rostro tenso de Rosvisser se suavizó en una leve sonrisa.

“Debo lucir terrible ahora mismo...”

—Te ves hermosa, como siempre —respondió León con dulzura.

“Estás mintiendo... idiota...”

León le apartó el cabello húmedo de la cara y le acarició la mejilla. Sonriendo con ternura, dijo:

Nunca te mentaría, Rosvisser. No importa el momento ni el lugar, eres la reina más hermosa que he visto.

“Hmph... bien, te... creeré... por ahora...”

Detrás de ellos, Anna le susurró a Milán y a los médicos:

Ahora es el momento. Mientras Su Alteza distrae a Su Majestad, procedamos con la entrega.

“Sí, doncella jefa.”

A medida que comenzaba el momento crítico del parto, la sala se volvió aún más tensa.

—León... te odio... —murmuró de repente Rosvisser.

León parpadeó, sobresaltado. “¿Por qué dices eso...?”

Isa le dio otro codazo en la espalda. «No le des tantas vueltas, imbécil. Tu esposa está de parto. Simplemente acepta lo que diga».



León asintió rápidamente.

—Claro, me odias. Soy lo peor.

“Si quieres que yo... no te odie...” comenzó Rosvisser débilmente.

—Sí, dime. ¿Qué debo hacer?

Miró brevemente a Isa, y las hermanas intercambiaron una mirada cómplice. Era una mirada que decía: "Finalmente, cayó en la trampa".

Rosvisser se volvió hacia León; su voz era apenas un susurro.

“Tienes que prometerme... que concederás mi próxima petición...”

—Lo que quieras. Lo que quieras —dijo León sin dudarlo.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

“Primero... debes prometer... que nunca le enseñarás al bebé... a tocar la suona”.

Traducido por:

Gawo – RexScan